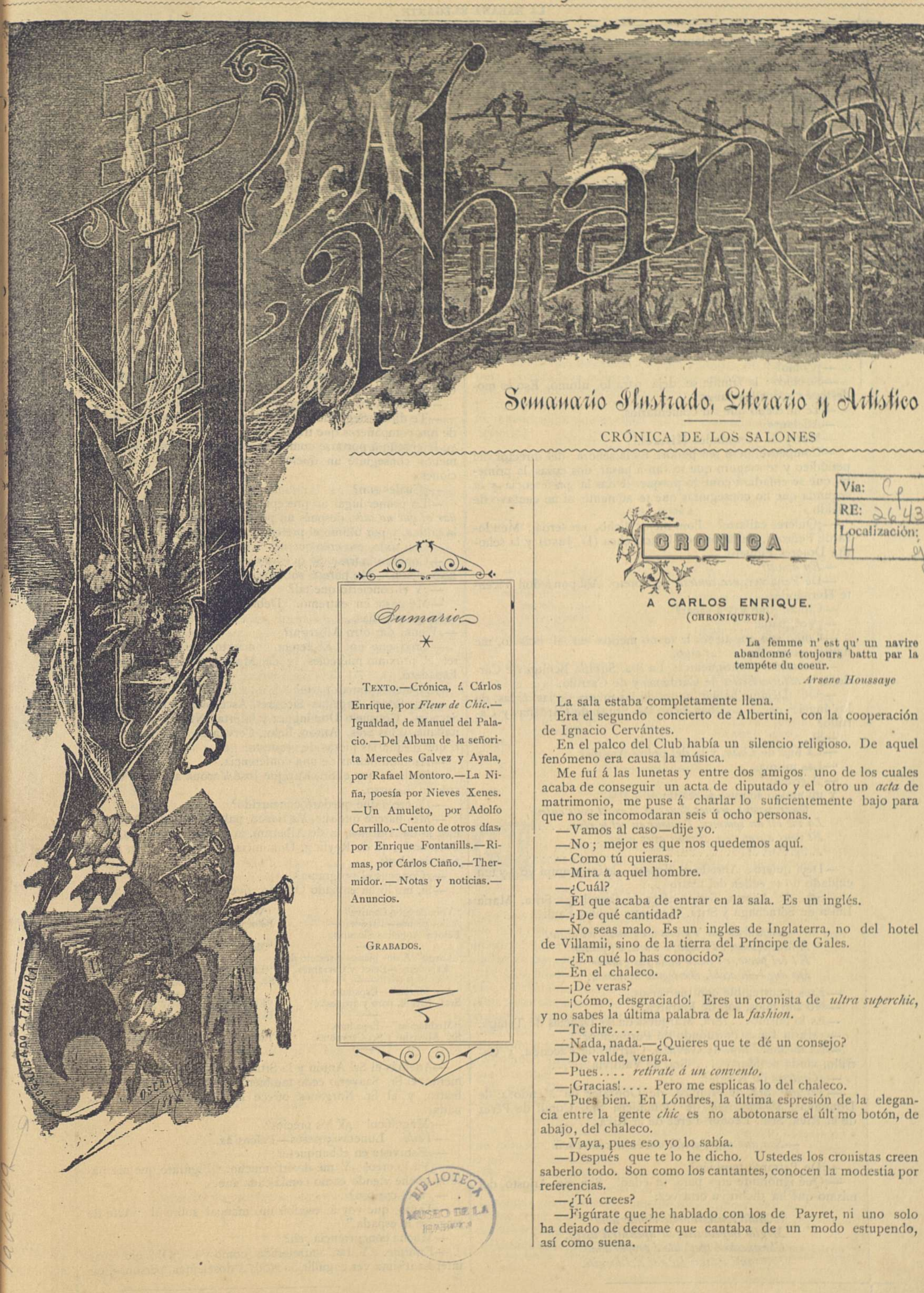


Semanario Ilustrado, Literario y Artístico

CRÓNICA DE LOS SALONES

Sumario

TEXTO.—Crónica, á Cárlos Enrique, por *Fleur de Chic*.—Igualdad, de Manuel del Palacio.—Del Album de la señorita Mercedes Galvez y Ayala, por Rafael Montoro.—La Niña, poesía por Nieves Xenes.—Un Amuleto, por Adolfo Carrillo.--Cuento de otros días, por Enrique Fontanills.—Rimas, por Cárlos Ciaño.—Thermidor. — Notas y noticias.—Anuncios.

GRABADOS.

CRONICA

A CARLOS ENRIQUE.
(CHRONIQUEUR).

> La femme n' est qu' un navire abandonné toujours battu par la tempéte du coeur.
>
> *Arsene Houssaye*

La sala estaba completamente llena.

Era el segundo concierto de Albertini, con la cooperación de Ignacio Cervántes.

En el palco del Club había un silencio religioso. De aquel fenómeno era causa la música.

Me fuí á las lunetas y entre dos amigos uno de los cuales acaba de conseguir un acta de diputado y el otro un *acta* de matrimonio, me puse á charlar lo suficientemente bajo para que no se incomodaran seis ú ocho personas.

—Vamos al caso—dije yo.

—No; mejor es que nos quedemos aquí.

—Como tú quieras.

—Mira á aquel hombre.

—¿Cuál?

—El que acaba de entrar en la sala. Es un inglés.

—¿De qué cantidad?

—No seas malo. Es un ingles de Inglaterra, no del hotel de Villamil, sino de la tierra del Príncipe de Gales.

—¿En qué lo has conocido?

—En el chaleco.

—¡De veras?

—¡Cómo, desgraciado! Eres un cronista de *ultra superchic*, y no sabes la última palabra de la *fashion*.

—Te dire....

—Nada, nada.—¿Quieres que te dé un consejo?

—De valde, venga.

—Pues.... *retírate á un convento.*

—¡Gracias!.... Pero me esplicas lo del chaleco.

—Pues bien. En Lóndres, la última espresión de la elegancia entre la gente *chic* es no abotonarse el últ mo botón, de abajo, del chaleco.

—Vaya, pues eso yo lo sabía.

—Después que te lo he dicho. Ustedes los cronistas creen saberlo todo. Son como los cantantes, conocen la modestia por referencias.

—¿Tú crees?

—Figúrate que he hablado con los de Payret, ni uno solo ha dejado de decirme que cantaba de un modo estupendo, así como suena.

—Bueno, ¿tienes un lápiz?
—Nó
—¿Y buena memoria?
—Sí.
—Pues recuerda los nombres que voy á decirte. Se trata de todo el mundo que está hoy en el teatro.
—¿Señoras y caballeros?
—¡Ya lo creo!
—Pues lo siento, busca á otro.
—¿Por qué?
—Porque yo no recuerdo más que á las mujeres; los hombres los olvido al momento.
—¡Vaya por las damas! Apunta.
—¿Sin comentarios?
—Alguno que otro. ¿Estás listo?
—*All right!*
—La Sra. Catalina Varona de Jorrín, Julia Jorrín de la Torre y.... *Petite* Forcade.
—Elegancia, belleza, distinción, *esprit*....
—Chico, es muy pronto para los comentarios.
—Sigue.
—*Mesdames* de Sandoval *ainé* y Sandoval *cadet*.
—Ya enseñaste la oreja.
—¿Cómo?
—Sí, chico: la familia se deja para lo último. Eso es modestia en todos los paises.
—Te he dicho que sin comentarios.
—Adelante.
—Marty de Hernández Miyares.
—Compadre, pero ten pudor! Es la señora del director del periódico y te aseguro que te van á pasar dos cosas, la primera, que se enfadará contigo porque le das la preferencia y la segunda que no conseguirás que te aumente ni un centavo de sueldo.
—¿Quieres callarte? Pon, mejor dicho, recuerda: Mendoza de Pedroso, Durañona de Goicoechea (D. Juan) y la señorita Dolores Piquero.
—*En avant!*
—De Peñalver, *nee, contesse* de Loreto. Ah! pon á don Vicente Hernández.
—Chico, ¿qué vas á sacar?
—¿Yo? ¡nada!
—Como veo que tienes la mano metida en el bolsillo, me figuré que me ibas á dar algo.
—Descuida. Continuemos: La Sra. Susana Benitez de Cárdenas y *mademoiselles* de Cárdenas y de Carrillo.
—¡Oh! ¡Déjame hablar ahora de las musas, de las hadas, de los ángeles de...... ¿has dicho las Sritas. de Cárdenas y Carrillo?
—Sí.
—La hija de *Colín*, y la del pobre Andrés?
—Las mismas.
—¡A *genoux!*
Y mi amigo se puso á recitar.

Ouvrez-vous, jeunes fleurs si la mort vous enlevê,
La vie est un sommeil, l'amour en est le rêve......
Et vous aurez vécu si vous avez aimé......
....

—Deja quieto á Alfredo de Musset,—le interrumpí yo—y ten cuidado no te echen del teatro......
—Sra. de Acosta, Sra. Galvez de Sarachaga, Srita. María Luisa de Sarachaga y Srita. Henriette Valdes Fauli......

—Benedetto sia 'l giorno, e'l mese, e'l anno,
E la stagione, e'l tempo, é l'ora, e'l punto
E'l bel paese, e'l luoco ov'io fui giunto
Da due belli occhi, che legato m'hanno.

—Eres incorregible con tus versos.
—No son míos, son de Petrarca.
—Es lo mismo....Sra. Marquesa de las Delicias de Tempú.
—¿María Luisa Portuondo de Portuondo?
—La misma. Sra. de Gavilan, Carrillo de Facenda, y Carrillo, viuda de Marty.... Sra. de Valdivia......
—¿*Contesse* de Kostia?
—*Yes sir!* Sra. de Malpica, de Gonzalez de Mendoza; de Dominicis; *Mademoiselle* de Dominicis; Sra. Conill de Pérez de la Riva, Srta. Leonor Perez de la Riva......

—Son due negri occhi, anzi due chiari soli

—¿De Petrarca también?
—¡Qué ignorante eres para tu edad! Son de Ariosto, del mismo que ha dicho ya otra vez:

Molti consigli delle donne sono
Meglio improvviso, ch' apensarsi usciti,
Che questo é spez' ale é propio dono
Fra tanti é tanti lor dal ciel largiti.

—¿Sabes que eres fuerte en literatura italiana?
—Tú no lo sabes bien. Deja que vaya á las Córtes.
—¿Piensas hablar en italiano?
—No, lo que haré será pedir el consumo obligatorio de los *maccaroni* y el uso del *boccato di cardinali*.
—Adelante. Sra. Porro de Mora, Sra. Verdugo de Arazoza, Sra. de Giquel.... *Madame* Antonio Díaz Albertini, señoritas de Albertini......
—¿Sabes una cosa?
—¿Qué?
—Que para ser buen reporter, lo primero que se necesita es un lápiz......
—¿No podrás recordar más? Pues dejémoslo.
—Sí, vamos á hablar de otra cosa.
—¿De los monos?
—No, de una cosa que he notado en el hotel de Inglaterra.
—¿Sabes que estás muy *inglés?*
—¡Qué quieres! He visto muchos caballeros que entran en el *elevador* cuando está ocupado por señoras, y permanecen con el sombrero puesto.
—¿Deben quitárselo?
—Naturalmente. Eso es rudimentario. Hay más, la buena educación manda que cuando se cruza uno con una señora en la escalera de cualquier casa ú hotel, debe el caballero descubrirse y esperar á que la señora pase primero
—Dime, ¿y tú que vas ganando con esa predicación?
—Te diré. Seguramente algun ataque violento de alguno de mis compañeros que tratará de ponerme en ridículo porque yo le enseño á portarse como la gente bien educada, por lo menos conseguiré un duelo ó dos, pero hay sus compensaciones.
—¿Cuales son?
—En primer lugar un precepto de caridad cristiana. *Enseñar al que no sabe*, después un poco del gusto que dá siempre la crítica, y por último el pretesto para un artículo.
—Con todo, eso creo que no "compensa".
—Conozco la frase. Sé que ha viajado por Paris en la última Exposición. Me parece sublime.
—¿Y el concierto que tal?
—Me gusta en extremo. Debía efectuarse uno lo menos cada quince días.
—¿Piensa dar otro Albertini?
—Creo que no. El tercer concierto se efectuará en Payret el próximo miércoles (4 de Marzo) y será en honor de Espadero.
—¿Quienes toman parte?
—Las Srtas. Angelina Sicouret, Ascensión Docio, Matilde Secades, Consuelo Dominguez y la Srta. Nicelli, de la ópera italiana, y los Sres. Antón, Belot, Cervantes, Albertini y Mauri que dirijirá las piezas de orquesta.
—He oido hablar de una conferencia.
—Si, dicen que el Sr. Enrique José Varona abrirá la velada con un discurso.
—¿Y crees que quedará concurrido?
—Me parece que sí: Ya tienen palcos las Sras. de Cárdenas, la de Iglesias, la de Albertini, la de Soto Navarro, la de Portuondo, la de Reyling, Dominicis, Ossorio......en fin los *four hundreds*.
—¿Conoces el programa?
—Sí, me lo ha enviado Ossorio; óyelo:

"Voix de Sion Captive"
A dos pianos—Espadero—
Belot y Angelina Sicouret.

"Largo" A dos pianos y sesteto de Espadero.—Belot y Cervantes.

"Ave María."—Espadero.
Srta. Nicelli, coro y orquesta.

"Meditación"—Espadero.
Sr. Albertini y Sr. Cervantes.

"Walls Satánico.—Espadero.
Belot y Srta. Sicouret.

"Moort"—Gottrchalk á gran orquesta.

"La queja de un poeta.
Sr. Albertini y Srta. Sicouret.

"El canto del Esclavo".
Espadero.—Sr. Antón.

Tarantela furiosa.—Espadero, á 10 pianos.

—Además el Sr. Antón y la Srta. Nicelli cooperan graciosamente, el Sr. Saaverio cede también sin estipendio alguno su teatro, y el Sr. Narganes ofrece el alumbrado sin cobrar nada.
—¡Magnífico! ¿Y los precios?
—*Voilá*. Lunetas 5 pesos—Palcos 22.
—¿Estuviste en el banquete?
—¡Ya lo creo! Y me divertí mucho. Figúrate que me pasé la noche viendo como comía cada uno.
—¿Y es curioso?
—Tanto que voy á escribir un manual sobre el "Arte de tragarse la espada."
—Mucha concurrencia ¿eh?
—Enorme. Y tan entretenida como yo. ¡Oh! era cosa interesantísima ver engullir bocados á doscientas personas, oir

el retintín de cubiertos y platos, ver aparecer el indispensable pargo de un metro cincuenta, y la consabida ensalada rusa.

—¿Y los discursos?

—Muy buenos. Escúsame que te dé mi opinión en este lugar, sobre la oportunidad de ellos, pero literariamente considerados, en el de Fernández de Castro hubo una bellísima figura y en el de Montoro unas hermosas imágenes cuyos vivísimos colores parecían tomados de la misma naturaleza.

—*Un succes, alors?*

—Enorme.

—Y dime ¿se baila todavía?

—Hasta este Domingo.

—¿Y después?

—Se reza.

—¿A toda hora?

—No, á las cuatro de la mañana. La noche se emplea en hacer visitas. *On parle*, se hacen proyectos y se preparan las fiestas para la próxima temporada.

—¿Quién recibe?

—Muchas familias. La Sra. María Jorrín de Forcade, la Sra. Rita Du Quesne, la Sra. Conchita O-Farrill etc...... etc......

—Hay baile en *La Caridad* este domingo?

—No.

—¿Y en el Vedado?

—Se efectuará el sábado por la noche. Después de la ópera iremos allá ¿tú vienes?

—Corriente.

—A propósito de la ópera ¿Se ha acabado ya el abono, verdad?

—El sábado concluye con *Africana*. Siempre dije yo que habría de parar en algo *negro*.

—Y qué hace la compañía?

—Abre otro abono de diez funciones en el que se cantarán muchas óperas nuevas

—Crees que se cubra?

—Por lo menos se elevará bastante si el Sr. Antón hace dos cosas. Primero, obligarse á cantar las óperas que anuncie, *sin cambiarlas ni repetirlas*, so pena de devolver el dinero como se hace en las empresas americanas, y segundo rebajar el precio de los palcos.

—Tu crees que son caros?

—Te diré; 40 pesos billetes, un palco, no es precio para New York, Londres ú otra capital de Europa, pero para aquí es escesivo, toda vez que la compañía no ha alcanzado por completo las simpatías del público.

La concurrencia de los palcos hace la de las lunetas é influye mucho en la de las otras localidades. Con precios escesivos estarán la mitad vacios y se sentirá una desanimación que será ruinosa para la empresa. Es mi opinión.

—Por qué no se la das á los empresarios?

—Porque hay un refrán que dice......

—Qué?

—*No montes caballo que no es tuyo, ni......*

—Ni qué?

—*Ni metas la mano en la cueva del cangrejo.*

—¡Diablo! Estás hecho un Sancho Panza.

—Chico los refranes son muy sabios. Yo siempre me atengo á ellos.

—Sí? Pues, dime ¿y cuando le dan á uno una calabaza?

—Debe decirse " *Al que Juana (ó Petra) se la dió, San Pedro se la bendiga.*

—¿Y si es el *sí?*

—¡Oh! entonces tienes aquello de: *El que por su gusto muere*

—Mira, basta de refranes.

—¿Qué hacemos?

—Esto se acaba. ¿Vienes al Club?

—No gracias, hay allí una pared pintada de verde que me ataca los nervios.

—Pues yo me voy á hablar con los Cadrana.

—Adios.

—Adios.

FLEUR DE CHIC.

IGUALDAD.

(De Manuel del Palacio,)

Zóilo, tienes razón; todos los seres
somos del barro mismo,
más no me probarás que el vaso etrusco
se parece al botijo.

DEL ALBUM

DE LA SEÑORITA MERCEDES GALVEZ Y AYALA.



GRAN voga alcanza hoy, entre muchas personas ilustradas y generosas, lo que ha dado en llamarse *la emancipación de la mujer*. Pocos, muy pocos son los que buscan, al través de la brillante apariencia de esta reforma, las quimeras y los peligros que esconde. Si por emancipación del ser interesante que, en realidad, antes es señor que siervo, siéndolo siempre de la más eficáz é insensible manera, entiéndese la desaparición de ciertas ráncias tradiciones que, en lo civil, tendían á igualarla en un todo, con el hijo menor de edad, venga en buen hora la reforma; ó por mejor decir, ha venido ó esta viniendo ya en todos los paises cultos.

Pero si emancipar á la mujer significa despojarla de la suma dignidad que el amor le reconoce en el hogar, y la hidalguía en todas partes, para que luche á la par del hombre y con las mismas armas que este en la ruda competencia que caracteriza al mundo moderno, desconociendo su destino y contrariando su naturaleza, pocas reformas habrá más insociales y más temerarias que esa, en cuanto llegue á ser una realidad, por obra de la costumbre.

El día en que desapareciese, por ejemplo, de nuestro país, la pura y bondadosa imágen de la mujer cubana, idólatra de los más santos afectos, y que tan noblemente se refleja en la bella y candorosa dueña de este *album* ¿qué será de las esperanzas de regeneración que el curso de los acontecimientos nos vá dejando?

RAFAEL MONTORO.

(1890).

LA NIÑA.

I.

La luz de la alegría
Brilla en sus ojos,
Blandas risas exhalan
Sus labios rojos;
Su voz remeda
El trinar de las aves
En la arboleda.

Nunca su agudo dardo
Con mano aleve,
En su cándido seno
De rosa y nieve,
Clavó el dolor:
Aun no sabe la niña
Lo que es amor.

II.

Triste lágrima á veces
Nubla sus ojos,
Hondo suspiro exhalan
Sus labios rojos;
Su voz es canto
Donde trémulas vibran
Notas de llanto.

Ya su punzante dardo,
Con mano aleve,
En su cándido seno
De rosa y nieve,
Clavó el dolor:
¡Ay! Ya sabe la niña
Lo que es amor!

1891.

NIEVES XENES.

UN AMULETO.

UNA noche, y en el saloncito azul del Bohemian Club, conversaba yó con el periodista inglés Jorge Dix, recientemente llegado de Melbourne: el fuego ardía en la chimenea y el mozo no olvidaba servirnos de cuando en cuando sendos vasos de ponche arac en porcelana de Japón. Jorge me refería sus aventuras de Australia, el amor efímero que tuvo con una muchacha de Sidney, su duelo á muerte con un oficial australiano, y su fuga á San Francisco por la persecución de las autoridades inglesas.

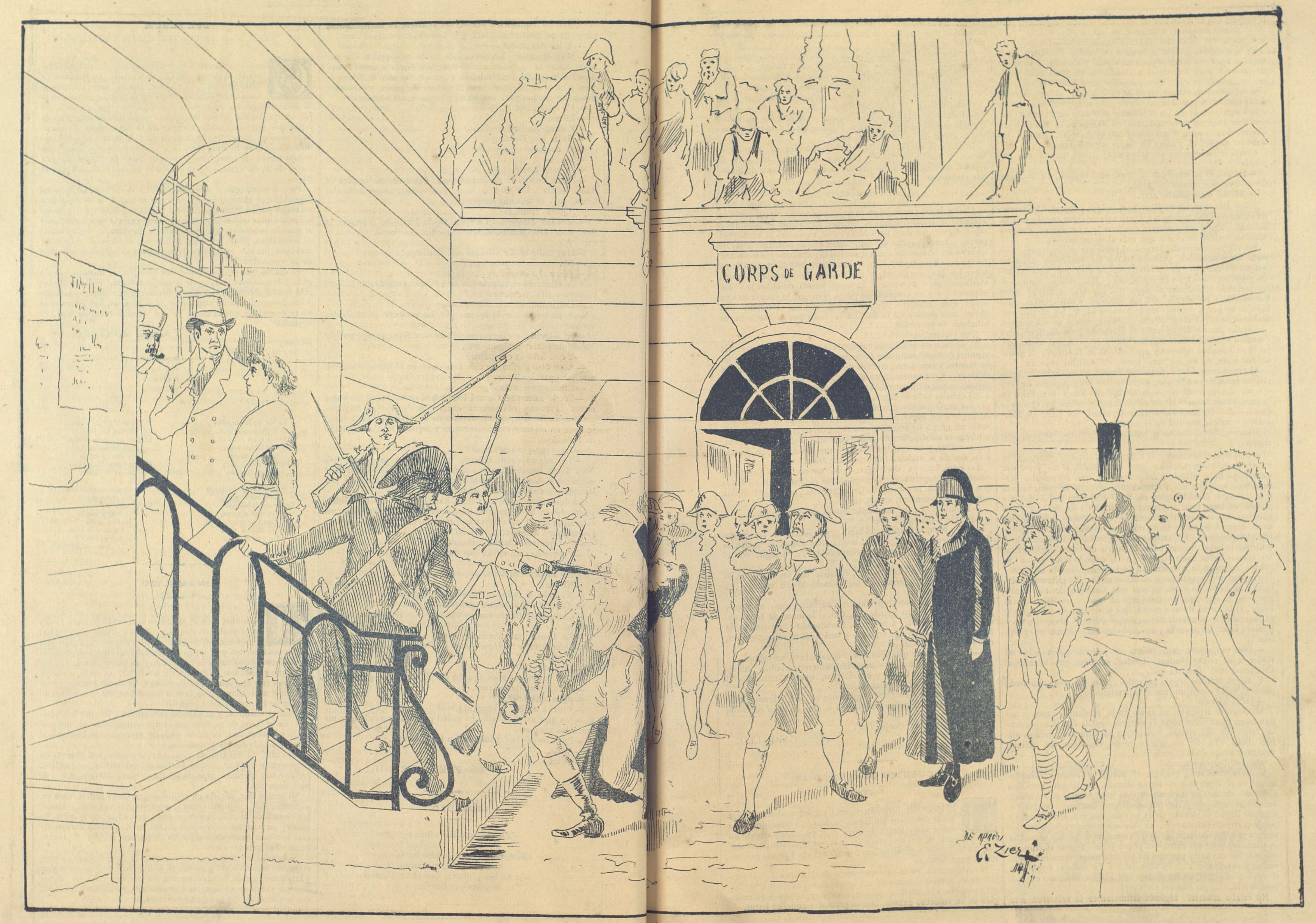
Junto á nosotros, y al parecer indiferente á lo que hablábamos, un anciano de aspecto soñador, contemplaba el fuego y bebía á sorbos una copa de vino de Marssala, indiferente al parecer á todo cuanto le rodeaba.

Más allá, la temblorosa penumbra envolvía los objetos en palpitante y vaga oscuridad: cortinage, estatuillas y cuadros, presentaban perfiles caprichosos, más para fantaseados que para descritos.

Mi amigo Dix, nacido en las montañas de Escocia, cree en supersticiones, algunas veces en enfermizas visiones. Hombre científico, de talento y de mundo, con toda su ciencia, su génio y su mundana despreocupación, no ha podido librarse de esas herencia morbosa, trasmitida de padres á hijos al través de muchas generaciones.

Su lucidéz, en toda clase de materias y problemas, es simplemente maravillosa: pero eso sí, hablándole de supersticiones y fatalismo, pierde completamente los estribos. Es de aquellos que creen en sueños, en quiromancia, y otras mil tradiciones bárbaras de los tiempos primitivos.

—Comprendo, me decia esa noche, que los sueños, siniestros



"Thermidor," últ... del drama de Sardou.

6

7

ó alegres, son el resultado de una mala ó buena digestión; pero no lo puedo remediar, y tengo fé en los sueños......

Si en el rojo de la uña aparece una manchita blanca, dice que es un enemigo que le acecha; si vuelca el salero en la mesa se apresura á echar puñados de sal para atrás, á la altura de la oreja, para destruir el maleficio; si un perro aulla en la noche, junto á su casa, dice que la muerte anda cerca, y entonces, mi supersticioso amigo se vá á dormir al otro extremo de la ciudad; si por si acaso vé un gato negro, coje un carbón y lo carga todo el día en el bolsillo; si al salir de su cuarto tropieza, se encierra y no sale más en veinticuatro horas; y por último, si encuentra á una mujer con ojos verdes, aunque sea á media noche, vá y toma un baño inmediatamente

Como le interrogára yó sobre este último punto, me respondió:

—Es que el hombre que tal encuentro tuviere, de la mujer de ojos verdes, morirá ahogado.

—¡Mozo! otro ponche arac.

Jorge Dix, con las mejillas enrojecidas y los ojos brillantes, refirióme algunas historietas, tanto más sinceras cuanto más fabulosas. Entre otras merece contarse la que sigue, que provocó un curioso incidente que más abajo se explica.

En 1877,—comenzó Jorge—al principar el invierno, y en tarde fría y nebulosa, paseaba yó por las umbrosas Avenidas del Jardín Botánico de Melbourne, solitario en aquellas horas y por aquel tiempo desagradable. Mi caballo, atado á la reja exterior, relinchaba siempre que me veía aparecer entre los árboles, y me seguía con sus grandes é inteligentes ojos: nevaba un poco, y como era la primera nieve, los pájaros australianos se revolcaban en ella con voluptuosos sacudimientos.

Chemin faisant llegué hasta el borde del gran lago, en cuya dormida agua nadaban algunos cisnes de plumage encarnado: en la extremidad opuesta y apoyándose en la barrera de granito, dos séres, un viejo y una jóven de cabello rojo....

Al pronunciar estas últimas palabras, nuestro vecino se agitó convulsivamente en la silla, y quitándose los espejuelos de oro con un movimiento nervioso, los oprimió hasta romperlos en la temblorosa mano. Pero súbitamente y como avergonzado de su violencia, serenó el semblante, apuró un trago de Marssala y quedóse inmóvil en el asiento.

Mi colega Dix, que no se había fijado en ese detalle, prosiguió:

—Los dos, el anciano y la niña, tan abstraidos parecían en su contemplación acuática, que solo notaron mi presencia cuando yo hube silbado á mi perro Jack, que correteaba persiguiendo los pájaros. La muchacha levantó la vista, me vió y se ruborizó: él, el hombre, me miró con furia tal.. que me pareció de buen tono alejarme, dejándolos á los dos en su silencioso éxtasis. Seguí lentamente por senderos más tupidos hasta llegar á un claro desde donde se divisan las tumultuosas olas del Pacífico. La tarde se ennegrecía, y comenzando á sentirme helado, dirijime hácia la puerta en busca de mi caballo: apenas había dado algunos pasos, cuando unos gritos terribles rasgaron la solemnidad del melancólico crepúsculo. Detúveme un instante para escuchar mejor: los gritos redoblaban, y mi perro Jack, sin esperar más, lanzóse de un brinco por entre la espesura en dirección al lago.... Seguíle, y al llegar, vi la forma de una mujer, que se debatía en el agua, y al viejecillo de la mirada torva, de pié sobre el parapeto, vociferando como un poseido y agitando los brazos como un epiléptico:

—Diez mil, veinte mil, treinta mil pesos á quien salve mi mujer, á mi pobre Madge! Piedad! socorro! que se ahoga! Cincuenta mil! Sesenta mil!......

Y aquel hombre seguía pujando como en una almoneda pública, asido como un mono al parapeto.

—Jack, ¡sálvala!

Mi perro se arrojó de un salto en la profunda agua, y nadando en línea recta hácia la víctima, cojióla con sus poderosas fauces de una manga, forcejando por atraerla hácia la orilla. Pero ella, de un brusco revés, desasióse del animal, desapareciendo de la superficie.

Ah! Ah! es una suicida!

Y sin esperar más, quitéme el abrigo y echéme resueltamente en el lago: éste de forma elíptica, es lavado por una corriente de mar, y alimentado por una fuente subterránea, formando una série de remolinos en extremo peligrosos. Cuando llegué al alcance de la suicida, ésta era arrastrada ya por la corriente marina: con un esfuerzo desesperado, logré detenerla por el cabello, cuya mata abundosa y rojiza, semejaba una madrépora. Mi perro—el pobre Jack—menos afortunado que yó, fué envuelto por uno de los infernales remolinos, envuelto y supultado.... ¡Pobre Jack! En cuanto á mí, con el auxilio de algunos australianos salí á tierra llevando en mis brazos á la...... ¿la llamaré cadáver?

No estaba muerta! algunos estimulantes la volvieron á la vida; más cuando vió cerca de sí, arrodillado, al vejete que era su marido, tuvo un acceso de histerismo, suplicando que fuese alejado de su presencia.

Cuando estuvimos solos, díjome con acerba entonación.

—Señor.... Gracias! Se ha hecho usted daño?

Luego, entornando un poco los ojos como indecisa, concluyó por decirme no sin alguna incertidumbre en el rostro.

—¿Obedecería usted, si yó pudiera mandarle en algo?

—Oh! señora.... respondí conmovido.

—Bién: aquí está ese medallón que encierra mis cabellos, cortado cuando era yó una niña. ¿Quiere usted aceptarlo como un recuerdo de.... nuestra amistad?

Recibí con interés aquella delicada muestra de ternura femenil, y juzgando que la enferma necesitaba un poco de reposo, me alejé del lecho cuando el Doctor y el marido entraban juntamente......

* * *

Afuera, la luna radiaba en todo su esplendor: seguí por una alameda de pinos marítimos, alcancé mi caballo y montando rápidamente, me dirijí para Melbourne, siguiendo la anchurosa playa. A mi derecha el mar, hinchado y tronante; á mi izquierda un bosque de álamos, de hojas plateadas y relucientes. Serían las nueve de la noche, y una densa niebla fluctuaba yá sobre las olas: mi corcel se undía hasta los cornejones en los médanos, pero nervioso y ágil, salí airoso de la brega. De improviso, y á un centenar de pasos, distinguí la silueta de una mujer, que caminaba al parecer lentamente, ondulando una túnica muy parecida á la que había visto por la tarde en los hombros de la suicida......

¡Por Júpiter!, será ella?......

Y picando espuelas á mi caballo, me adelanté al galope.. el aire del occéano fustigaba mi rostro, la niebla condensaba en su manto, y lamentos perdidos de aves nocturnas llenaban el espacio. Cosa extraordinaria! no obstante ir á toda carrera, la aparición por mi perseguida no era alcanzada ni aún soltando á mi caballo toda la rienda. ¿Fué aquello un miraje de media noche, ó realmente la silueta femenina era una fantasma?.. Al llegar á los suburbios de Melbourne, la mujer se deslizó por entre un grupo de arrecifes, y al dejar de verla, terminó la desenfrenada cabalgata: en quince minutos había recorrido algunas millas, y mi cabalgadura jadeante y sudorosa, se detenía á las dos de la mañana frente al *Star Hotel.*

De esto hace ya doce años, y mi memoria ha guardado, como una fotografía instantánea, hasta el perfil de los árboles que decoraban la escena de la aparición.... ¿Qué opina usted de esa aventura, amigo mío?

—Hombre! que fué un simple fenómeno de óptica......

Sonrióse y prosiguió así:

—Pues bien, la suicida del lago, según leí en los periódicos de Melbourne al día siguiente, murió á las diez de la noche, es decir, una hora despues de mi despedida.... Luego, era el espíritu de ella.

La prenda que esta me legó, consiste en un mechoncillo de cabellos rojos encerrado en un relicario de oro macizo ... Quiere usted verlo?......

Al llevarse la mano al pecho, para sacarlo, sonó un tiro, y por entre el fogonazo apenas disipado, ví la mano de Jorge ensangrentada, y frente á nosotros, blandiendo un revólver, la figura siniestra del viejo, erguido y con ojos relampagueantes, que decía con estridente voz:

—Esa suicida de quien hablas ¡miserable! era mi esposa!..

Sucedió el tumulto consiguiente: acudieron criados, miembros del Bohemian Club, y un Doctor, que examinando al herido, le desgarró la camisa diciendo:

—No es nada! la bala se ha aplastado en este relicario, causando solamente un golpe contuso en la piel, en línea recta del corazón!

—¡Mozo! ¡Otro ponche arac!

ADOLFO CARRILLO.

San Francisco Cal. Febrero, 1891.

CUENTOS DE OTROS DIAS.

SOUVENIR.

A lo largo del pequeño muro de piedra donde tantas horas deliciosas habíamos pasado, ya mecidos en la dulce sonnolencia de otros días, ya vislumbrando en los espejismos de nuestro amor un porvenir rodeado de venturas, tracé, como el melancólico trovador de la Francia moderna, la frase *Souvenir.*

Sí; allí mismo, en el sitio que sirvió de descanso á las fatigas de su cuerpo después de mil románticos paseos por la alegre campiña, allí donde si bien el cuerpo reposaba el alma seguía en su amoroso éxtasis, fueron grabadas aquellas letras.

Souvenir! Algo espantoso se me antojaba la espresión. Me pareció que tras ella se ocultaban deseos fraguados, anhelos desvanecidos, esperanzas frustradas, felicidades extinguidas, en cifra, todo cuanto sucede al surjir prematuro de una decepción. El poema de amor que frescas sonrisas habían iniciado se desenlazaba entre secretas elegías y recónditas tristezas. Como en las grandes resoluciones, ahogué mi pesar en ondas de sonrisas.

A pesar de eso, sin embargo del lenguaje faláz y engañoso que hablaba mi semblante, ella supo entenderlo todo. No acudió con nuevas promesas ni nuevos juramentos á borrar la afrenta recibida y el ultraje ocasionado; de toda aquella historia jamás huirá de mi alma una generosa expresión de agradecimiento por esa final conducta.

Y es que ella no desconocía que á nada puede invocarse cuando entre dos corazones queda desatado el único lazo que los ligaba. Todos los resortes que movian el sentimiento han desaparecido; no hay nada para conmover. El adiós de un alma desilusionada, es el ocaso de un sol que nunca volverá á brillar.

Pasaron los años y con ellos fué pasando, para mi pensamiento, la imagen de su nombre.

La ausencia por una parte y por otra el odio, han trabajado de tal manera su obra de olvido, que la siento léjos, muy lejos, apesar de que, como el poeta

Alguna vez la encuentro por el mundo
y pasa junto á mí;

. . . .

. . . .

El corazón es el gran enemigo de los que fueron sus adorados. El muro de piedra guarda siquiera una frase. El corazón no reserva nada del pasado cuando sobre él caen los amargos besos de esa mariposa del hastío cuyas alas al agitarse dejan escuchar algo así como el crujir de los sauces al ser mecidos por la brisa de la noche.

ENRIQUE FONTANILLS.

RIMAS.

Igual que el marino
ve desde la popa
del buque ligero, perderse la playa
que triste abandona;
según va avanzando,
yo, desde mi vida
miro atrás anhelante, y lo veo
perdiéndose aprisa.

Me preguntó de pronto, cierto día,
—¡Me quieres mucho, dí?
¡Y tú puedes dudarlo, vida mía!
Te quiero mucho, sí.
—Más que á tu madre? Dime lo que sientas
quiero saberlo yo.
Dame tu mano, mírame y no mientas
—Más que á mi madre, no.
Y de expresarle una verdad tan bella
nunca me arrepentí:
mi madre sigue amándome; pero ella....
ni se acuerda de mí.

CARLOS CIAÑO.

THERMIDOR.

Los amantes de la literatura universal—ponemos por francesa—se han interesado grandemente en los últimos días, sacudidos por los telegramas lacónicos que daban cuenta del estreno del drama *Thermidor* de Sardou, de la prohibición de seguirlo representando por tacharse dicha obra de anti-republicana, y de la vuelta á la escena de ese episodio trágico-histórico, gracias á la intervención del eminente Coquelin.

Nuestro compañero M. del Barrio ha copiado la última escena de *Thermidor*, que publicó una leidísima revista parisiense ilustrada.

Fabiana nó accede, ni aún como único medio para salvarse de la guillotina, á decir que se halla en cinta. A ello se oponen su castidad y sus votos religiosos.

La carreta espera.... Hay sed de sangre.... Fabiana vá serena á la muerte, cuando su amado quiere oponerse y cae sin vida, del pistoletazo de un guardia *del Terror.*

M. STEIN.

Las telas últimamente recibidas en esta afamada casa y que se ostentan sobre sus elegantes mostradores, no dejan nada en absoluto que desear. Optimas por su calidad y caprichosas por sus obras.

Para el verano venidero ya está surtiendo Máximo su establecimiento de telas lindísimas. Son lijeras, á rayas ó cuartos y de preciosas pintas.

Recomendamos una vez más esta sastrería. En ella se aunan la moda y el gusto como en ninguna otra de la Habana.

La dirección es la siguiente: Aguiar 92, bajos del soberbio edificio conocido por la *Casa Blanca.*

Notas y Noticias.

A diario se elogian los expléndidos resultados del *Vino de Papayina* preparado segun fórmula del Dr. Gandul y puesto á venta en todas las farmacias acreditadas de la Habana, singularmente en el laboratorio de nuestro amigo el ilustrado Doctor D. Alfredo Perez Carrilo.

Si las constantes demandas deciden del mérito y valor de un producto, el *Vino de Papayina* está *consagrado* por las solicitudes del público y la opinión científica del país.

La Especial y *La Complaciente* son los dos establecimientos adorados de las damas habaneras. A ellos acuden siempre que necesitan un abanico elegante ó una sombrilla equisita. Y es porque saben perfectamente que en la Habana no hay casa que supere en artículos de esa clase á los que ofrecen los señores Carranza y Compañía.

Los abanicos *Rip* desaparecen como por encanto. Lo propio sucede con los guantes de piel de Suecia.

Estos últimos han obtenido la predilección de las damas que revelan poseer acabado gusto.

Una casa que es una especialidad en objetos de lencería: la que todo el mundo conoce en la calle de Compostela 48 con el nombre de *La Estrella de la Moda.*

No es posible ofrecer novedades de tan alto gusto como las que vienen á esta casa enviadas directamente de los principales talleres de París.

En flores, toquillas, guantesy encajes el surtido es variadísimo, todo respondiendo á los últimos modelos. Allí se arreglan sombreros de señoras, dándoles nuevas formas y adornándolos exquisitamente.

En San Rafaelestá la sombrerería *El Louvre* una de las que más simpatías disfruta entre la juventud habanera.

Sombreros de castor muy finos, de los que pueden llamarse legítimos, los ofrece éste establecimiento á precios realmente módicos. De jipijapa y pajilla los hay magníficos.

Aconsejamos una visita á esta acreditada casa, San Rafael y Consulado.

Por el último correo ha recibido la afamada librería del señor Chao, *La Propaganda Literaria*, remesas del tomo segundo de la aplaudida revista que con el título de "Nuevo teatro crítico" ha comenzado á publicar la ilustre escritora gallega Sra. Pardo Bazan.

Tambien ha recibido esta casa *Nubes de estío*, última obra de Pereda y á la que tantas celebraciones ha tributado la prensa madrileña.

Lo cual prueba que *La Propaganda* (Zulueta 28) ofrece siempre las más recientes novedades literarias.

Si alguna barbería hay en la Habana que responda positivamente á las simpatías de que goza, es la establecida en Neptuno con el título de *Salón América.* Sus tocadores están siempre provistos de perfumes exquisitos.

Rafael Anido, dueño de esa casa, es un modelo. Sus trabajos llevan la expresión del gusto y *esprit* más refinados. Es un verdadero artista en ese género.